

Aclamada en Alemania, la novela de **Strubel** reflexiona con lirismo indagador sobre cómo narrar lo inenarrable

Un turbio '#MeToo' europeo

por **ALBERTO GORDO** «¿No están últimamente muy de moda esas acusaciones?». Cuando Adina se atreve por fin a exponer los abusos que sufrió, obtiene esta respuesta. Se la da además una mujer. Hasta entonces, Adina sólo había logrado balbucear o simplemente guardar silencio. Años antes había emigrado del pueblo en el que creció junto a una estación de esquí en la frontera checopolaca. Había pasado por Berlín, adonde todos llegan, y por un enclave rural al norte de la ciudad, donde un influyente gestor

cultural la violó. Helsinki, donde conoce a Leonides, diplomático estonio que trabaja en el parlamento europeo, es la última parada en su huida.

Mujer Azul, de Antje Rávik Strubel (Postdam, 1974), obtuvo el Premio Alemán del Libro en 2021. La crítica lo celebró: se reconocía a una de las narradoras alemanas más singulares y sofisticadas de las últimas décadas. Aunque desconocida en España, donde hasta ahora sólo era posible leerla en la antología *Confluencias* (Alpha Decay, 2014), es autora de varias novelas imponentes que desprecian de un modo perfectamente extemporáneo casi cualquier noción de entretenimiento.

En esta última predomina el interés por el lenguaje como medio y problema. La agresión en sí, que no se describe hasta muy avanzada la novela, no es tan importante en la historia como la imposibilidad de denunciarla. De Adina se apodera la confusión. Sabe que no la creerán. Que como mucho la oyen, pero no la

Detallista, dura, nostálgica... esta novela de **Teru Miyamoto** especula con belleza sobre los errores de la vida

Las vidas que dejamos de vivir

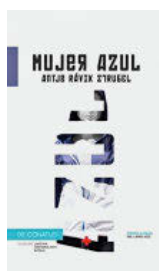
por **GONZALO TORNÉ** Hace ya unos años jugábamos a imaginar como hubiese recibido la crítica española promedio (entontecida por la insertible distinción entre el «realismo» y lo «fantástico») algunas obras maestras de haberse publicado hoy: «Joyce nos sirve una novela embarullada, no se entiende», «Mis amigos no son tan inteligentes como los personajes de Proust» o «Musil no parece tener nada claro hacia dónde va *El hombre sin atributos*».

De *Tapiz de otoño* no tengo la menor duda de lo que diría nues-

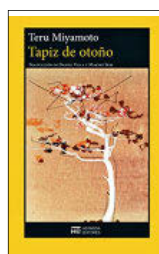
tra crítica promedio: que es una novela japonesa y que las cartas que se intercambian los protagonistas son «demasiado largas». En lo primero llevarían una razón sin riesgo, pero lo segundo es una soberana tontería porque las cartas en un libro son tan largas como quieran los personajes en función de las intenciones de su titiritero.

Pero pongámonos en antecedentes: la novela parte de un reencuentro fugaz, fortuito y silencioso entre un hombre y una mujer (Yasuaki y Aki) que se divorciaron 10 años atrás. La separación ocurrió por un incidente inesperado y sangriento, una serie de conversaciones torpes y la decisiva intervención del padre de Aki, un empresario bienintencionado y tiránico. En 1.000 vidas parecidas el matrimonio seguiría en 999.

El intercambio de cartas progresa en dos direcciones: el esclarecimiento del incidente decisivo y cómo han seguido adelante unas vidas salidas de un carril que parecía su hábitat natural. Páginas por las que avanzamos como quién



ANTJE RÁVIK STRUBEL
MUJER AZUL
Traducción de Ibon Zubiaur.
De Conatus. 404 páginas. 22,90 €



TERU MIYAMOTO
TAPIZ DE OTOÑO
Traducción de Daniel Villa y Makiko Sese.
Hermida. 196 páginas. 19 €

escuchan. Ni siquiera Leonides, que la quiere, puede ser el depositario de su relato («jamás se le ocurriría hacer de mí el centro de la conversación», nos dice). Las personas no hablan para los demás, sino para sí mismas y sobre sí mismas, así que Adina va hundiéndose en el silencio (apenas se escucha su voz en toda la novela).

El libro, que también es una parábola sobre las relaciones de dominio entre Europa occidental y Europa oriental, cambia de registro en los interludios en que aparece la mujer azul, una misteriosa figura que dialoga con la narradora. En estas partes, que van adquiriendo más peso y claridad, la novela se convierte en una meta-ficción mucho más compleja de lo que solemos leer. Así, con una especie de lirismo indagador, la narradora problematiza sus intentos por adoptar un tono con el que narrar, si es que puede hacerse, una historia tan delicada como esta. **L**

se pasea entre ruinas, habitadas por dos espectros todavía arrasados por la inercia de la vida y obligados a protagonizar una existencia que sienten ajena: Aki perdida en un matrimonio infeliz con un hijo discapacitado y Yasuaki hilvanando relaciones sentimentales vacías. Páginas de un libro equivocado en cuyo fondo lanza destellos oscuros el padre viudo de Aki como un dios arrepentido.

Tapiz de otoño es una novela tristesísima, una consideración de como los secretos mecanismos e ironías de la vida desplazan a las personas de las vidas que pudieron vivir. Pero también maneja emociones más sutiles como la esperanza, la redención, el perdón, el olvido, la comprensión, la perseverancia o la resignación. O dicho en el sutil simbolismo que maneja la novela: la madurez (la vida ya medio jugada) baraja sentimientos tan variados como los colores de las hojas en otoño. Detallista, cruda, nostálgica... Miyamoto ha escrito una novela conmovedora. **L**